

LA MISA

EN

MI CATEDRAL

Pedro Arrupe, S.J.



MI CATEDRAL

¡Una mini-catedral! tan sólo seis por cuatro metros. Una capillita que fue preparada a la muerte del P. Janssens, mi predecesor, para el nuevo General... ¡el que fuese! La Providencia dispuso que fuera yo. Gracias al que tuvo esa idea: no pudo haber interpretado mejor el pensamiento de este nuevo General. El que planeó esta capillita quizá pensó en proporcionar al nuevo General un sitio más cómodo, más reservado para poder celebrar la Misa sin ser molestado, para no tener que salir de sus habitaciones para visitar el Santísimo Sacramento. Quizá no se apercibió de que aquella estancia diminuta iba a ser fuente de incalculable fuerza y dinamismo para toda la Compañía, lugar de inspiración, de consuelo, de fortaleza, de... estar!; ¡de que iba a ser la "estancia" del ocio más actuoso, donde no haciendo nada se hace todo!; ¡como la ociosa María que bebía las palabras del Maestro, mucho más activa que Marta su hermana!; donde se cruza la mirada del Maestro y la mía..., donde se aprende tanto en silencio.

El General tendría siempre, cada día, al Señor pared por medio, al mismo Señor que pudo entrar a través de las puertas cerradas del Cenáculo, que se hizo presente

en medio de sus discípulos, que de modo invisible habría de estar presente en tantas conversaciones y reuniones de mi despacho.

La llaman: Capilla privada del General. ¡Es cátedra y santuario, Tabor y Getsemaní, Belén y Gólgota, Manresa y la Storta! Siempre la misma, siempre diversa. ¡Si sus paredes pudieran hablar! Cuatro paredes que encierran un altar, un sagrario, un crucifijo, un icono mariano, un zabutón (cojín japonés), un cuadro japonés, una lámpara. No se necesita más... eso es todo: una víctima, una mesa sacrificial, el "vexillum crucis", una Madre, una llamada ardiente que se consume lentamente iluminando y dando calor, el amor expresado en un par de caracteres japoneses: Dios-amor.

Expresa un programa de vida: de la vida que se consume en el amor, crucificada con Jesús, acompañada de María, ofrecida a Dios, como la Víctima que todos los días se ofrece en el ara del altar.

Muchas veces durante estos últimos años he oído decir: "para qué las visitas al Santísimo, si Dios está en todas partes". Mi respuesta, a veces tácita, es: "Ciertamente no saben lo que dicen; no hay duda que Dios está en todas partes, pero "venid y ved" (Jn 1,39) donde el Señor habita: ésta es su casa. Apelo no a argumentos y discusiones, sino a la experiencia que se vive en esa habitación del Señor: "el que tiene experiencia se expresa con inteligencia" (Si 34,9).

"El Maestro está ahí y te llama" (Jn 11,28). Aquí brota espontáneamente el "Señor, enséñanos a orar" (Lc 11,1); "explícanos la parábola" (Mt 13,36). Oyendo sus palabras, se comprende la expresión del entusiasmo popular: "Jamás un hombre ha hablado como habla este hombre" (Jn 7,46), o el de los apóstoles: "¿A dónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6,68); y se entiende por experiencia el valor del "estar sentado a sus pies escuchando su palabra" (Lc 10,39; cfr. Lc 24,32).

En esta catedral se celebra el acto más importante de toda la vida cotidiana: la Misa. Cristo es el verdadero y sumo sacerdote, el Verbo hecho hombre. Es divino caber

en lo pequeño y no caber en el Universo: cabe en este sagrario, pero no cabe en el universo.

Toda Misa tiene un valor infinito, pero hay circunstancias y momentos subjetivos en que esa infinitud se siente más profundamente. No cabe duda que el hecho de ser General de una Compañía de Jesús de 27,000 personas consagradas al Señor y entregadas por completo a colaborar con Jesucristo salvador en toda clase de apostolados difíciles, hasta llegar a veces a dar la vida en el martirio cruento, da una profundidad y un sentido de universalidad muy especiales.

### "INTROITO AD ALTARE DEI"

Unido a Jesucristo, yo, sacerdote, llevo también conmigo a todo el cuerpo de la Compañía. Las paredes de la capillita como que quieren resquebrajarse. El minúsculo altar parece convertirse en el "sublime altar" del cielo (Canón I), a donde llegan hasta el Padre, "por medio de tu Ángel", las oraciones de todos los miembros de la Compañía. Mi altar es como "el altar de oro colocado delante del trono", de que habla el Apocalipsis (Ap 8,3).

Si por un lado me siento, como quiere San Ignacio, "llaga y postema"... "todo impedimento", por otro estoy identificado con Cristo "proclamado por Dios Sumo Sacerdote" (Hebr 5,10), "santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos" (Hebr 7,26), "que penetre no en un santuario hecho por manos de hombres, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro" (Hebr 9,24).

Con Cristo me siento también "víctima": "vi de pie en medio del trono... un Cordero como degollado" (Ap 5,6).

Comienza la Misa en este altar que está como suspendido entre el cielo y la tierra. Si miro hacia arriba, se ve la ciudad santa de Jerusalén: "su resplandor es como el de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino" (Ap 21,11). "Pero no vi santuario alguno en ella; porque el Señor, Dios todopoderoso, y el Cordero, es su santuario" (Ap 21,22).

Si miro hacia abajo, se ven "Los hombres sobre la haz de la tierra, en tanta diversidad, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos enfermos y otros sanos, unos naciendo y otros muriendo..." (Ej. 106).

"Qué profunda impresión la de ver desde este altar así suspendido a todos los miembros de la Compañía que están en la tierra, con tantos afanes y sufrimientos en su esfuerzo por ayudar a las ánimas", "enviados por todo el mundo, esparciendo la sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas" (Ej. 145). Qué vivos deseos se sienten de que, desde este altar, se precipiten, como cascada inmensa, las gracias y la luz y la fuerza que ahora necesitan. En esta misa Cristo se va a ofrecer, y yo con El, por ese mundo y por esa Compañía de Jesús.

Si de nuevo alzo los ojos a la Jerusalén celestial, veo a la Santidad infinita, "las tres Divinas Personas, como en el solio real o trono de su divina majestad, mirando la haz de la tierra y todas las gentes en tanta ceguedad" (Ej. 106), mientras al mismo tiempo de todos los confines de la tierra se levanta al unísono el clamor de un "peccavimus", que resuena con un rumor de cataratas: "en el fragor de tus cataratas" (Sal 42,8); "y oí como el ruido... de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos" (Ap 19,6).

Al sentirme como el "siervo de Yahvéh" portador de los pecados de la Compañía, especialmente durante mi Generalato, y de los innumerables míos personales, aparezco "despreciable y desecho de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro..." (Is 53,3), deseando se pueda repetir de mí lo que se dice de Cristo: "El soportó el castigo que nos trae la paz" (Is 53,5); "fue oprimido y él se humilló y no abrió la boca" (ib.7). Así, mientras oigo el gran acto penitencial de la Compañía: "hemos pecado, hemos sido perversos, somos culpables" (1 Re 8,47), yo me siento como "abortivo", indigno del nombre de "hijo de la Compañía" (cfr. 1 Cor 15, 8-9). Esto es precisamente lo que me permite sentir compasión hacia los caídos y extraviados y comprender toda la fuerza de las palabras de la carta a los He-

breos: "puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto con flaqueza. Y a causa de esta misma flaqueza debe ofrecer por los pecados propios igual que por los del pueblo" (Heb 5,2-3).

Cristo se hace "mediador de una nueva alianza" (Heb 9,15). Yo también, unido al Corazón de Cristo y a pesar de todo, me siento mediador y comprendo lo que San Ignacio señala como primera función del General de la Compañía: "estar muy unido con Dios nuestro Señor, para que tanto mejor de él como de fuente de todo bien impetere a todo el cuerpo de la Compañía mucha participación de sus dones y gracias y mucho valor y eficacia a todos los medios que se usaren para la ayuda de las ánimas" (Const. 723). Mi posición entre Dios y la Compañía de Jesús, como sacerdote y durante la celebración del Santo Sacrificio, es la de ser "mediador entre Dios y los hombres": "gobernar todo el cuerpo de la Compañía...(lo) hará primeramente... con la oración asidua y deseosa y Sacrificios, que impetren gracia de la conservación y aumento... y de este medio debe hacer de su parte mucho caudal y confiar mucho en el Señor nuestro, pues es efficacísimo para impetrar gracia de la divina Majestad, de la cual procede lo que se desea" (Const. 789-790).

El oficio de General aparece así en toda su profundidad y clara luz: "mañana tras mañana dispierta mi oído, para escuchar... El Señor Yahvéh me ha abierto el oído" (Is 50, 4-5).

Sintiéndome sacerdote con el "siervo de Yahvéh", no quiero "resistirme ni volver atrás; ofrezco mis espaldas a los que me golpean, mis mejillas a los que mesan mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos" (cfr. Is 50, 5-7). Pero con cuánta alegría leo en el Libro santo: "Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días y lo que plazca a Yahvéh se cumplirá por sus manos. Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará. Por sus desdichas justificará mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará" (Is 53, 10-11).

## OFERTORIO

Experimento el sentimiento profundo de encontrarme ante Dios arcano "Aghios Athanatos" y desconocido "Deus absconditus" y siento que me ama como Padre que vive y es fuente de toda vida presente en mí mismo y acepta mi ofrenda.

Tomo la patena, tratando de penetrar con los ojos de Cristo y con la luz de la fe a través de la infinitud del universo hasta el corazón mismo de la Trinidad: "Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan..."; y me viene a la memoria simultáneamente el antiguo texto "que yo, indigno siervo tuyo, ofrezco a Ti, Dios vivo y verdadero", y de nuevo se presenta toda mi indignidad: "despreciable, desecho de los hombres, varón de dolores, sabedor de dolencias" (Is 53-3); "y la culpa de ellos él soportará" (ib. 11). ¡Tú lo sabes todo Señor! Mientras levanto la patena, me parece que todos mis hermanos se fijan en ella, sintiéndose presentes: "y por todos los que me rodean..."; la patena se dilata, van acumulándose en ella "los innumerables pecados y negligencias mías" y de los demás, a una con las aspiraciones y deseos de toda la Compañía. "No puedo cargar yo solo con todo este pueblo: es demasiado pesado para mí" (Núm 11,14). Siento como si las manos de todos los jesuitas del mundo quisieran ayudarme a sostener esta pesadísima patena, rebosante de pecados, pero también de ilusiones, deseos, peticiones... Me parece que el Señor me dice como a Moisés: "tomaré parte del espíritu que hay en ti y lo pondré en ellos, para que lleven contigo la carga del pueblo y no la tengas que llevar tú solo" (Núm 11,17). Y entonces como si la patena se aligerara o mis manos se robustecieran y puedo levantarla muy alto como para que esté más cerca del Señor.

"Y también por todos los cristianos vivos y difuntos... y por la salvación del mundo entero". Creo desfallecer, ante toda la malicia humana y sus pecados. Es necesario que extiendas tu mano omnipotente. "Yo, solo, extendí los cielos, yo asenté la tierra, sin ayuda alguna" (Is 44,24). Sostenido por esa mano puedo continuar: "este pan será para nosotros pan de vida".

Tomo el cáliz con el vino que se convertirá en la sangre de Jesús: "Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino...; él será para nosotros bebida de salvación". Este vino, fruto de la vida triturada en el lagar, fermentado, se convertirá en la sangre derramada en la Cruz.

Este cáliz, símbolo del que en Getsemaní te hizo sudar sangre y que era tan amargo que deseaste no beberlo, dentro de poco será cáliz de tu sangre derramada por la salvación del mundo. En él se vierten ahora los sufrimientos de tantos jesuitas que, triturados a su vez, han dado o deben dar la vida por Ti, cruenta o incruentamente, las lágrimas, los sudores... mezcla pestilente, que al unirse con tu sangre se hará suave, dulce y perfumada: "buen olor de Cristo" (2 Cor 2,15). "Bien sabemos que este es nuestro destino...sufrir tribulaciones..." (1 Tes 3,3), pero impulsados irresistiblemente por tu caridad ("el amor de Cristo nos apremia": 2 Cor 5,14) elegimos y pedimos "ser recibidos debajo de tu bandera... pasar oprobios e injurias, por más en ellas te imitar" (Ej. 147). Ciertamente has oído nuestra oración, pues el cáliz rebosa, pero la caridad nos hace "sobreabundar de gozo en todas nuestras tribulaciones" (Cor 7,4): y este cáliz hecho para nosotros "oblación y víctima de suave aroma" (Ef 5,2) es aceptado por ti como ofrenda y sacrificio agradable (crf. Fil. 4,18) y se convierte para nosotros en "bebida de salvación".

Así, inclinado ante el trono de la Trinidad, puedo decir con toda la Iglesia: "Seamos recibidos por ti, Señor, en espíritu de humildad y con corazón contrito, y de tal modo se realice hoy nuestro sacrificio en tu acatamiento, que te sea agradable, Señor Dios". Nuestro sacrificio: de Cristo, mío y de toda la Compañía, como cuerpo unido a la caridad del Espíritu Santo, miembro y cabeza con Cristo (cfr. Const. 671) y con el "vínculo de la obediencia" (Const. 659), por la que, todos unidos, ofrecemos el holocausto diario de nuestras vidas, "en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, se ofrece en el fuego de la caridad a su Creador y Señor" (Carta de la Obediencia, 26.III.1553; MI Epp. IV, 669-681). Nuestros sacrificios personales, unidos en holocausto familiar diario, constituyen un sacrificio total, nuestro sacrificio. "Dirige tu

mirada sobre esta víctima... y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos, en Cristo, víctima viva para tu alabanza" (Canon IV).

## PREFACIO

Del corazón mismo de la Compañía brota espontáneamente aquel "en verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno". Nuestro canto de alabanza se quiere unir al de los ángeles y formar un coro armonioso, en que cada uno cante con su voz en multitud y diversidad de tonos, al modo de aquel coro imponente formado por "una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas... que gritaban con fuerte voz: la salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero" (Ap 7, 9-10). Nuestro canto se quiere unir al de la Compañía triunfante del Cielo, al de todos los ángeles y santos: "Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos" (Ap 7-12).

Siento un silencio imponente. "Silencio ante el Señor Yahvéh, ¡porque el día de Yahvéh está cerca! Sí: Yahvéh ha preparado un sacrificio, ha consagrado a sus invitados" (Sof 1,7). "¡Silencio, toda carne, delante de Yahvéh!" (Zac 2,17). "Se hizo silencio en el cielo, como una media hora..." (Ap 8,1). Guardemos, pues, en el silencio de nuestro corazón, como María (Lc 2,51) todo lo que en "este altar sublime" (Canon) va a suceder: misterio de la Pascua, en la que "Cristo fue inmolado"; misterio de la Redención del mundo; misterio de la glorificación máxima del Padre. "Y se quedaron llenos de estupor y asombro por lo que había sucedido" (Hch 3,10).

Se acerca el momento sublime de la consagración. Unido con todo el cuerpo de la Compañía, identificado con Cristo, teniendo en mis manos la hostia, pronuncio las palabras: "Este es mi cuerpo": mi cuerpo, el de Cristo; "Este es el cáliz de mi sangre": momento sublime que no se puede meditar sino en silencio. Cristo convierte el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, ¡pero el que



pronuncia las palabras sacramentales soy yo! Una tal identificación con él que puedo decir: esto es mi cuerpo, pero es el cuerpo de Cristo. Todo mi interior arde: ¡como si sintiera al Corazón de Cristo latir en lugar del mío, o en el mío! Como si su sangre corriera por mis venas en el momento de la consagración.

La separación mística sacramental del cuerpo y de la sangre de Cristo es una realidad y un símbolo, pero quien recibe el cuerpo recibe a todo Cristo y el que recibe la sangre lo recibe todo también.

Así se realizó la salvación del mundo: encarnación, muerte, misterio pascual, salvación: todo repetido en este instante en mis manos: quedo "lleno de estupor", pero es verdad: "Creo, Señor, ayuda mi incredulidad" (Mc 9,23). ¡Cristo en mis manos! El Cordero que quita los pecados del mundo no en el altísimo trono del Apocalipsis sino en mis manos como pan: vestido de esas especies... ¡Creo! En el instante de la Consagración se realiza la glorificación perfecta del Padre, que se expresará un poco después de la doxología: "Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria".

Me detengo en este momento sublime para "discurrir por lo que se ofreciere" (Ej. 53). ¿Cómo se ve el mundo desde este altar? ¿Cómo lo ve Jesucristo? Para entenderlo, tengo que dilatar el corazón a la medida del mundo. El Corazón de Cristo es el corazón del cuerpo de toda la Compañía el que ha de dilatarse y con él el de todos y cada uno de nosotros. El nuestro ha de ser un corazón que abraza a todos los hombres sin excepción, como el corazón de Cristo, que desea la salvación universal: "que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4), "que se forme un solo rebaño y un solo pastor" (Jn 10,16). Pero tiene otras ovejas que no son de su rebaño (cfr. ib). Desde este altar, entre el cielo y la tierra, se ven y se entienden las necesidades de tantos hombres en todo el mundo, se entiende y se siente más profundamente aquella misión: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a

toda la creación" (Mc 16,15). Me siento como lanzado personalmente al mundo y como si conmigo toda la Compañía fuera enviada al mundo. Allí está su finalidad, su trabajo, hasta que pueda volver de nuevo a glorificar al Señor después de la gran batalla por el reino.

Resuena en mis oídos el "yo os envío" (Jn 20,21) y el "yo estoy con vosotros" (Mt 28,20) que llena de toda confianza. Mi gran compañero es Cristo, que no sólo está en el altar sino que entra dentro de mí y me lleva a su divinidad, que me envía a los que no le recibieron (cfr. Jn 1,11). Mi respuesta no puede ser otra que el "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hch 9,6). "¿Qué debo hacer por Cristo?" (Ej. 53).

El cuerpo de la Compañía, al sentirse enviado y lleno de la fuerza de Dios que le envía, se vigoriza, rejuvenece, siente que la sangre de Cristo corre por sus venas y que la plenitud del espíritu de Cristo lo posee y lo impulsa como un vendaval (cfr. Hch 2,2). ¿Quién podrá resistirla si sigue fielmente en toda la misión recibida? Sabe que la definición de su vida es la de ser "hombres crucificados al mundo y para quienes el mundo está crucificado" (cfr. Gál 6,14), y que nadie podrá resistir "a la sabiduría y al Espíritu con que hable" (cfr. Hch 6,10) ni oponerse a su voz (Jud 16-14).

## PADRE NUESTRO

El Padre de la Compañía: todos hijos del mismo Padre, del Padre que pidió a su Hijo cargado con la cruz en La Storta que recibiese a Ignacio como su siervo, momento en que se confirmó el nombre de "Compañía de Jesús". El Padre nuestro: oración personal y comunitaria perfecta.

"Que estés en los cielos". El jesuita debe mirar siempre hacia arriba, donde está su Padre y su patria. Toda nuestra vida es para el Reino: "venga tu reino". Todos nuestros trabajos no lograrían nada si no tenemos la ayuda divina para implantar ese Reino: por eso toda la Compañía pide con ahínco que venga ese reino, porque sabe que de la respuesta a esa oración depende el éxito

de todas sus empresas.

"Hágase tu voluntad! Hemos de colaborar con la voluntad divina, para lo que es necesario conocerla. Danos el sentido del verdadero discernimiento para saber en todo momento cuál es tu voluntad. No dejes de iluminarnos para conocerla y de fortalecernos para poder ponerla en ejecución. Ejecutar tu voluntad es todo lo que quiere la Compañía, tu voluntad manifiesta de tantos modos, pero de un modo específico por medio de la obediencia. Grande, inmensa responsabilidad la mía, al ser Superior General de la Compañía, al que se da toda autoridad "ad aedificationem". Hágase tu voluntad: que yo nunca sea obstáculo ni llegue a desfigurar, alterar o equivocar tu voluntad para la Compañía. Sería doloroso pensar en esa posibilidad: "nunca permitas que me separe de tí" (Orac. antes de la comunión); "haz que yo me aferre a tus mandamientos" (ib.). ¡Es una gracia que siento tan necesaria! Por eso, inclinado ante la patena que contiene tu Cuerpo, repito una y otra vez esa oración: mil veces morir antes de separarme de Tí. "Por Yahvéh y por tu vida, rey mi señor, que donde el rey mi señor esté, muerto o vivo, allí estará tu siervo" (2 Sam 15,21).

### ECCE AGNUS DEI

Con los ojos fijos en la hostia consagrada, mientras la presento al Hermano, que me acompaña y que ocupa el lugar de todos los jesuitas. Como los discípulos que vieron a Jesús mientras se lo mostraba Juan Bautista. Allí veían un hombre...; aquí vemos solamente un pedazo de pan. Un acto de fe verdadera: creer contra lo que se ve; el acto de fe en la Eucaristía: "es duro este lenguaje: ¿Quién puede escucharlo?" (Jn 6,60). No, Señor, no es duro creer este misterio eucarístico, es más bien motivo de inmenso gozo: "Señor, ¿a dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna" (ib. 68). ¡Creo!

"Señor, no soy digno, pero di una palabra y mi alma será sana" (cfr. Mt 8,8). Como sanaste al hijo del centurión. La Compañía cree que Tú eres su Señor y quiere albergarte bajo su techo: en nuestras casas, en nuestras iglesias en las que quiere visitarte y contribuir a tu glorifi-

cación y culto, pero especialmente desea albergarte en el corazón de cada uno de nosotros y en el tabernáculo de cada comunidad, donde te visitarán y buscarán en ti la luz, el consuelo y la fuerza para cumplir con la misión que Tú les has dado.

Entra, Señor, bajo el techo de la Compañía. Te necesitamos; hay tantas crisis de fe, tantas interpretaciones sofisticadas con apariencia de científicamente teológicas...; se llega hasta el desprecio de la piedad, considerando esas manifestaciones de una fe sólida e ignaciana como ñoñerías antiguas, devociones supersticiosas. "Y mi alma quedará sana". Señor, no permitas que la Compañía ceda en este punto y degenera de lo que fue San Ignacio y deseó fuese la Compañía.

Mirando de hito en hito esa hostia blanca, caigo de rodillas y conmigo los 27.000 jesuitas, diciendo como Santo Tomás desde el fondo del alma y con fe inquebrantable: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20,28)

### **EL CUERPO DE CRISTO ME GUARDE PARA LA VIDA ETERNA**

Señor, custodia a toda la Compañía, custódiame a mí especialmente, ya que me has dado este cargo de tanta responsabilidad. Comunión comunitaria: identificación con Cristo. Alimento que no es transformado sino que transforma. Cuerpo de la Compañía cristificada: todos unidos y convertidos en un mismo Cristo: ¡Qué mayor "unión de corazones"! "Para mí la vida es Cristo" (Fil 1,21) ahora más que nunca. Qué bien podríamos aplicar aquí las palabras de Nadal: "Acepta y ejercita con diligencia la unión con que te favorece el Espíritu del Señor respecto a Cristo y a sus potencias, de modo que llegues a percibir espiritualmente que tú entiendes por su entendimiento, quieres por su voluntad, recuerdas con su memoria y que tú todo entero, tu existencia, tu vida y tus obras se realizan no en ti sino en Cristo. Esta es la perfección suma de esta vida, fuerza divina, suavidad admirable" (H. Nadal, MHSI Orationis Observaciones, n. 308, p. 122).

Así identificada la Compañía y cada uno de nosotros

con Cristo, nuestro trabajo apostólico y la ayuda a las almas será más eficaz: nuestras palabras serán las de Cristo que conoce en cada momento la palabra que conviene, nuestros planes y modos de apostolado serán precisamente los que el Señor nos inspire, con lo que siempre contaremos con su eficacia... Una Compañía de Jesús verdaderamente de Jesús, identificada con El...

## **BENEDICTIO DEI OMNIPOTENTIS**

Qué consuelo y emoción la de sentirme identificado con Cristo y dar la bendición, a la Compañía universal, una bendición que será eficaz. A vosotros, operarios repartidos por todo el mundo en medio de tantas dificultades; a vosotros los que estáis atados por la enfermedad al lecho del dolor y ofrecéis vuestra oración y sufrimientos por las almas y la Compañía; a vosotros, Superiores que tenéis una responsabilidad tan pesada y un cometido tan difícil en los días de hoy; a vosotros los formadores que estáis modelando la Compañía de mañana; a vosotros Hermanos Coadjutores que en un momento tan decisivo de nuestra historia estáis atravesando una tan profunda transformación sirviendo a la Iglesia en la Compañía de un modo a veces tan oscuro y tan callado; a vosotros jóvenes escolares y novicios en quienes la Compañía tiene puesta su esperanza, pues os necesita, y que debéis ser hombres completamente dedicados a la Iglesia y a las almas en la Compañía e imbuidos del espíritu de Ignacio del modo más perfecto posible; a vosotros muy especialmente los que vivís en países privados de la verdadera libertad y que debéis sentir que la Compañía está muy cerca de vosotros y estima vuestra vida difícil; a todos, hasta el último rincón del mundo, hasta la habitación más oculta, os bendigo Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La Misa ha terminado. **"Id y encended el mundo"**